

SEMANARIO FAMILIAR PINTORESCO.

SUMARIO: CIENCIA FAMILIAR: Lluvia y buen tiempo, por *A. Mangin*. (Conclusion.)—Expedición al centro de la Florida, por *H. de la Blanchère*.—Edgar Poe y sus obras, por *J. Verne*.—MODAS: Traje de campo. Traje de reunión.—Escenas de la Vida Napolitana, por la *Condesa de Bassanville*.—Ana Severin, por *Mad. Craven*.—Borgoñon en Egipto, por *A. Mery*. (Conclusion.)—GALERIA DE CELEBRIDADES: Joaquín Rossini,

por *O. Comellant*. — JARDINERÍA DE SALON: Jacintos en el agua. Narciso junquillo. Azafran. Tulipanes enanos.—SECRE-
TOS DE TOCADOR: Receta para conservar el brillo de los ojos y fortificar la vista.

GRABADOS: Vista de Nápoles. Modas: Traje de campo. Traje de reunión. Habitación descubierta en Pompeya. Invernadero de salon.



NÁPOLES.

CIENCIA FAMILIAR.

LLUVIA Y BUEN TIEMPO.

POR

ARTURO MANGIN.

(Conclusion.)

—Nada tengo que oponer, respecto á la primera parte; ni que decir de la segunda, porque ignoro qué clase de testimonios se pueden pedir á la luna.

—Me explicaré. El aspecto de la luna varía segun el estado del medio interpuesto entre ella y nosotros, y por consiguiente, puede proporcionar, tocante al tiempo, indicios que no carecen de valor. La luz que nos envía, sufre, atravesando un aire húmedo ó agitado, modificaciones que la meteorología racional permite interpretar con bastante certidumbre. Si el disco, ó porción de disco que ostenta, brilla con el esplendor plateado tan querido de los poetas y amantes, se puede contar con buen tiempo para el día siguiente. Mas si la luna presenta un tinte rojizo, si su cara parece empañada y pálida, si sus contornos parecen indecisos y trémulos, si la vemos rodeada de ancho cerco azulado, es señal de que el aire de las regiones superiores está agitado ó recargado de vapores difusos. Entonces se ha de suponer que tendremos vientos, borrascas, lluvia y, en una palabra, mal tiempo.

Estas apariencias luminosas que corresponden á fenómenos perfectamente determinados, no son los únicos signos por los cuales pueda presagiarse. Hemos demostrado ya la gran importancia de la dirección del viento, especialmente la señalada por la marcha de las nubes. Es menester, además, tener en cuenta la velocidad con que estas corren. No augure usted entonces nada bueno del tiempo, y si ha de salir á pié para largas diligencias, no vaya usted desprovista de paraguas cuando vea usted las nubes rápidamente arrojadas del sud, del sudoeste ó del oeste, ó que se cruzan en el cielo á diversas alturas. Examine usted también la forma, los cortes y caras de las nubes. Se han clasificado en diversas especies desiguales con los nombres latinos de *cirrus*, *cúmulus*, *stratus* y *nimbus*.

Los *cirrus* se parecen á rizados bucles de cabello blanco, á haces de filamentos largos ó redes

desatadas. Son de color argentino regularmente sombreado, ó bien diáfano y blanquizo. Su altura es siempre muy elevada, su marcha lenta, y no bajan ni echan á correr sino cambiando de forma y carácter. Ordinariamente anuncian una modificación del tiempo bueno ó malo. En menos palabras, siguen á la lluvia ó la preceden.

Los *cúmulos* (*balas de algodón* como dicen los marinos), se ostentan en masas regulares, densas, redondeadas, con mamelones, y son de un color blanco y brillante muy limpio, en tanto que el medio es gris, á veces bastante oscuro. Se ciernen ó marchan debajo de los *cirros*, y suelen reunirse en masas numerosas que se escalonan y alinean en buen orden en el campo azul del cielo. Su marcha es á veces lenta, y otras rápida.

Los *estratos* (palabra que significa *capa*) forman en el horizonte fajas largas de diversa anchura. Son naturalmente grises; mas como se producen sobre todo en el horizonte por la madrugada y por la tarde, los ardores del sol levante y mas aun del poniente, las coloran magníficamente de púrpura, anaranjado ó rosa.

Por último, los *nimbos* son grandes nubes oscuras orladas en sus bordes. Sus masas espesas tapan el cielo en vastas extensiones, y á veces parece que quieren bajarse hasta tierra. Se cree que resultan de la confusion y mezcla de todas las otras nubes que se reunen para inundarnos. Por esta razon Howard las llamaba algo latamente *cirro-cúmulus-strato*. Son las nubes del mal tiempo.

A las tres formas fundamentales de los *cirros*, *cúmulos* y *estratos* se agregan las formas mistas que los meteorologistas designan con los nombres de *cirro-cúmulus*, *cirro-stratus*, *cúmulus-stratus*, *strato-cúmulus*. Los *cirro-cúmulus* se producen cuando los *cirros* permanecen estacionarios, y son frecuentes en verano tanto como escasos en invierno. Segun Kaemtz anuncian el calor. Los *cirro-stratus*, al contrario, anuncian la lluvia y el viento, y suelen verse en el intervalo de las tempestades. Los *cúmulus-stratus* toman origen cuando los *cúmulos* haciéndose mas espesos se reunen y estienden por el cielo. No tardan mucho en convertirse en *nimbos*.

Varía la abundancia de nubes como la de los vapores, pero en diferentes condiciones segun la hora del día, la estacion, la dirección del viento, el estado eléctrico de la atmósfera. Estas circunstancias se combinan y contrarian de cien maneras é influyen no solo en la forma, en la canti-

dad, en la especie de las nubes sino tambien en su posicion y sus productos. Estos productos son la lluvia, la nieve, el granizo y la piedra.

No llueve sino cuando la temperatura de la atmósfera es superior á cero de algunos grados á lo menos. Desde los tres ó cuatro grados, y con mayor razon bajo cero, los vapores vesiculares, en vez de condensarse en lluvia, se precipitan en partículas heladas que reunidas en ligeros copos forman la nieve. El granizo resulta probablemente de que los copos de nieve pasan por capas de aire menos frías que aquellas en donde han nacido y experimentan un principio de fusion, congelándose luego por efecto de la evaporacion que se produce y del movimiento rápido que el viento les imprime. Especialmente en la época de los *chaparrones* es cuando el granizo cae mezclado con la lluvia. No debe confundirse el granizo con la piedra que acompaña exclusivamente las borrascas. Las piedras son pequeñas masas de hielo, cuyo tamaño varía desde el de un cañamon hasta el de una avellana ó de una nuez y aun mas. Son en general redondas ó piriformes, si bien se ven otras de forma aplastada, otras angulosas y erizadas de asperezas. Parecen formadas en su mayoría de capas concéntricas, unas opacas, otras diáfanas, envolviendo un núcleo central bastante parecido á un grano de granizo, que parece ser el embrión de la piedra. Algunas ofrecen una estructura radiada, y su origen es aun un problema que embaraza tanto mas á los físicos cuanto que esas piedras aéreas no se forman sino en verano durante las borrascas violentas que se desencadenan generalmente en los fuertes calores... Volvamos al invierno para decir algunas palabras sobre el hielo. He tenido con frecuencia ocasion de rectificar las ideas de muchas personas, relativamente á las circunstancias en que acontece este desagradable y peligroso fenómeno.

—Peligroso en efecto,—dijo la señora X***—y para nosotras las mujeres ridículamente peligroso. Se acaba de pasar una velada entre amigos, á la cual hemos llegado con un grato frio seco; cuando queremos salir el empedrado está como un espejo sobre el cual personas y animales no pueden dar un paso sin riesgo de romperse los huesos.

—Para caminar sobre el hielo, señora, basta sencillamente envolverse los piés con trapos; pero no siempre se tiene en el bolsillo una cantidad de trapos para tal uso. Lo mejor es preve-

nir el hielo, como es muy fácil. En cuanto á mí me envanezco de conocer de antemano y de no engañarme mucho tocante á este fenómeno.

—¡Oh! ruego á usted querido maestro, que me manifestase como procede usted en tales casos.

—Con mucho gusto, señora. Cuando despues de haber nevado, el tiempo se suaviza rápidamente y el viento salta bruscamente del norte ó noroeste al oeste ó sudoeste, desconfíe usted. Si la lluvia cae primero fina, espesa, pero en corta cantidad, la necesaria para mojar la acera, como esta se halla todavía muy fria, la lluvia se transforma en la superficie en una capa de hielo. A veces la lluvia para por algun tiempo, y esto favorece la helada, mientras que una lluvia abundante no tarda en derretir el hielo. Tome usted nota de estos datos, y recuerde usted que están contra la opinion general de que el hielo no se consolida jamás cuando hiela despues de la lluvia, sino cuando llueve despues de la helada.

—A lo menos este es un fenómeno que se puede predecir.

—Sí, pero como todos los fenómenos meteorológicos no se puede predecir sino con escasas probabilidades, y con pocas horas de anticipacion. Nuestra ambicion debe limitarse por ahora á esto. Consultando por la mañana la altura del barómetro y la del termómetro, la direccion del viento y el estado del cielo, puede pronosticarse el tiempo probable para el dia que empieza, pero nadie está autorizado ni con mucho á afirmar que el dia se portará bien ó mal. Merced á las noticias que el telégrafo trasmite cada dia, de las estaciones meteorológicas fundadas en diversos puntos de Europa, en los grandes observatorios se pueden seguir las perturbaciones atmosféricas y determinar aproximadamente lo que será del tiempo con uno ó dos dias de antelacion.

Esas indicaciones y esos pronósticos aproximativos han prestado ya grandes servicios á la navegacion, y podrán prestarlos mayores á medida que la red de observaciones se estienda y que la experiencia ilustre la teoría. Este sistema es de institucion reciente; se fundó á consecuencia del congreso meteorológico que se reunió en Bruselas el año 1853 á propuesta del ilustre comandante F. Maury, director entonces del observatorio de Washington. Como suele suceder, concibiéronse al principio esperanzas exageradas sobre los resultados que podia dar, esperanzas que pronto se trocaron en desengaños.

En Inglaterra se confió el servicio meteoroló-

gico al almirante Fitz-Roy, hidrógrafo distinguido que lo dirigió hasta su muerte con tanto celo como inteligencia. Publicábanse las observaciones con toda regularidad en el *Board of Trade*, y se expedían á todos los puertos, traduciendo por signos convencionales, que todos los comandantes, capitanes y patrones de barco podían interpretar por medio de un pequeño manual elemental.

Pero al cabo de algunos años tuvo que confesarse que las previsiones así obtenidas eran demasiado vagas, que no espresaban ni podían espresar mas que probabilidades, y que algunos veces á pesar de la extrema reserva que se guardaba, el éxito les daba el mas bochornoso mentís.

Renuncióse, pues, á ello, reduciéndose todo á lo que vemos en el *Boletín del Observatorio*, reproducido diariamente por la mayor parte de los periódicos, limitándose á señalar el estado de la atmósfera en los diversos puntos de la red observatorial, pues rara vez se aventura nadie á deducir presunciones sobre el tiempo del día siguiente ó del otro. De donde podemos inferir, para terminar, señora, que ciencia y preciencia son dos cosas muy distintas. La primera es el árbol, la segunda es el fruto, pero fruto problemático, ó á lo menos tardío, y que no puede esperarse coger en sazón hasta que el árbol ha llegado al último término de su desarrollo.

Al terminar esta frase mis ojos se dirigieron maquinalmente al péndulo que señalaba mas de las doce de la noche. Me levanté y fui á asomarme al balcon.

—La lluvia ha parado,—dije á la señora X***—y las nubes dejan ver algunas estrellas. Permítame usted, señora, que aproveche este intervalo para despedirme de usted y marcharme.

—Es temprano todavía.

—Las doce y cuarto, señora: hace por lo tanto cuatro horas que estoy hablando y que usted es bastante amable para escucharme.

—No cabe duda que está usted mas cansado que yo. Vaya, pues, á descansar. Buenas noches y gracias,—dijo la señora X*** dándome la mano.—Me ha enseñado usted muchas cosas, y entre ellas esta: que dos personas, no siendo tontas ni ignorantes, ni de las que difícilmente hallan tema de conversacion, pueden hablar seriamente toda una velada de la lluvia y del tiempo.

(Traducción de F. Nacente.)

EXPEDICION AL CENTRO DE LA FLORIDA.

CAPÍTULO XII.

INFORMES DEFINITIVOS.

Hé aquí ahora por qué en tanto que los tres norte-americanos se encontraban en tan crítica situación, internados en las selvas de la Florida, cercanas al misterioso lago, la comitiva de don Juan del Meril se presentaba delante del fuerte Bassenger, con grande asombro de los veinte soldados que guarnecían este fuerte.

Desde el bosque de pinos á donde habían llegado, no sin fatigas, el español y sus compañeros, tuvieron que andar mas de doscientos kilómetros por el lodo, teniendo que cruzar á nado dos lagunas y chapotear por espacio de setenta kilómetros, en el limo líquido de los aguazales y charcos.

Habían empleado una semana en recorrer aquel trecho, que en otro terreno cualquiera hubieran atravesado en cuatro días á lo sumo.

Recordemos la admiración que habían producido en los soldados del fuerte Bassenger, que los veían acercarse sin poder comprender el objeto que allí les llevaría.

Una vez atravesado el vado, los caballos, como quiera que no tenían agua mas que hasta los corvejones en los puntos mas hondos, llevaban á la pequeña caravana por el borde del río, y pronto llegaron al pié de las primeras empalizadas de la fortificación.

—¿Quién vive?—gritó el centinela delante de la puerta.

—Amigos! —respondió don Julian con voz firme.

—Avance uno á la orden.

El español se adelantó á sus compañeros, y se presentó delante del centinela, á quien entregó una carta para el jefe de la guarnición; y luego retrocediendo unos cuarenta ó cincuenta pasos, aguardó tranquilamente la respuesta.

Pronto se abrió la puerta del fortín interior, y el oficial que mandaba el fuerte, se adelantó con paso lento hasta colocarse al lado del centinela.

—¿Es usted don Julian del Meril?

—Servidor de usted.

—Muy señor mío. ¿Qué gente le acompaña á usted?

—Guías y criados.

—Bien está. Tengo orden de dejarle entrar. Pueden por lo tanto penetrar en el fuerte cuando quieran.

Nuestros viajeros se introdujeron en la fortaleza y se instalaron bajo un cobertizo que pusieron á su disposición.

Entre un norte-americano de raza, tal como el oficial, y un criollo hispano americano, no podía ser grande la simpatía. Por ese motivo el primero se retiró á su aposento sin cuidarse mas de sus huéspedes, como si nunca los hubiese visto.

No sucedió lo mismo con los soldados que, como gente ociosa, fueron con curiosidad á examinar el extraño equipaje que llevaba el caballo de carga, y en lo cual no entendían absolutamente nada.

Poquito á poco fueron trabando conversacion con los forasteros, y don Julian trató de sacar de ellos algunos informes sobre el país circundante.

El aguardiente desata la lengua y desarruga el ceño; y del Meril, que encontró buena provision del licor en la cantina del fuerte, cantina que pertenecía á un inválido instalado en una cabaña situada dentro de las empalizadas, mandó servir buenos tragos á todos los soldados, que quedaron amigos del español.

—¿Quién de vosotros, caballeros, ha bajado por la corriente del Kisimí?—preguntó Julian.

—Yo, señor,—dijo adelantándose una especie de coloso, que por sus facciones recordaba la raza pura escocesa, de la cual descendía.

—¿Cómo os llamáis?

—Raleig, para servir á usted.

—Pues bien, amigo Raleig, yo tengo deseos de seguir vuestras huellas. ¿Podeis darme algunos informes sobre ese camino?

—Sí, señor, con mucho gusto.

—Os escucho, pues.

—¿Supongo que tendrá usted una lancha?

—Dos tengo.

—Ajaja! Mas...

Pero en seguida el escocés giró involuntariamente una mirada en derredor, bajo el cobertizo, y admirado de no ver nada parecido á una lancha, continuó con su tranquilidad ordinaria:

—Mas en fin, vamos al caso. El Kisimí es muy tortuoso; pero tiene casi en todas partes igual anchura que en el vado.

—Unos treinta metros.

—Eso mismo.

—No necesito tanto.

—Sin embargo, cerca de la desembocadura

encontrará usted algunos hocinos mas ó menos estrechos. Al salir de aquí, encontrará usted, primero los bosques, que se irán haciendo bastante claros, hasta llegar á no ver mas que algunas encinas diseminadas, y luego nada absolutamente, nada mas que las dilatadas llanuras de Saw Grass, llenas de lagunas que alimenta el rio. A entrambas orillas verá usted alguno que otro sauce, y allá y acullá algunas magnolias saliendo del lago, que serán los únicos árboles grandes que usted verá por allí.

—¿Y hombres, Raleig?

—Pocos, señor. A una treintena de kilómetros del vado, se encuentra el último vestigio humano, la cabaña y el huerto de una familia aislada... y eso es todo.

—¿Y más abajo?

—Sesenta ú ochenta kilómetros despues, verá usted los últimos robles. Diez kilómetros mas adelante, encontrará usted un ciprés. Desde lo alto de la copa podrá usted ver por vez primera el Okichobí.

—¿Qué más?

—No hay mas. Sigue el paisaje triste y malsano, que cruza el Kisimí.

—¿Y para vivir?

—Lléveselo usted todo... Sin embargo, puede usted hacerse con algunas provisiones: la caza es abundante, y traen ustedes buenos rifles.

—¿Se podría encontrar algun buey para matarlo?...

—Aquí no. Cuando nosotros lo necesitamos, vamos á buscarlo mas al norte, en la morada de Parker, situada algo mas arriba del vado, á siete kilómetros de aquí. Si usted quiere, iré yo por él. Dentro de dos dias estaré de vuelta.

—Conforme. Partid, si vuestro oficial lo permite.

Pocas horas despues, Raleig estaba en camino de la granja de Parker, y á los dos dias traía un buey bastante bueno, que mataron y dividieron en pedazos largos y estrechos, los cuales fueron ahumados con todo cuidado y premura. Era preciso llevarse que comer durante el periplo del lago.

Asegurado ya en cuanto á la subsistencia, Julian no dejaba de tomar todos los informes que le parecían necesarios.

Raleig se le habia hecho cordial amigo.

—Créame usted, caballero, el lago no tiene caza.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Solamente tres blancos han visto el lago desde la guerra con los indios, y yo soy uno de los tres.

—Es imposible que no haya caza, es imposible digo. ¿Y las aves acuáticas?

—Allí no hay aves acuáticas, señor... y cosas mas triste aun, tampoco hay peces...

—No puede ser, amigo Raleigh.

—Pues no cuente usted con ellos. La violencia de las borrascas que se levantan en la superficie del Okichobi, es tan grande (y algo oímos nosotros á veces desde aquí), y su profundidad de agua es tan insuficiente, que á cada borrasca el agua se revuelve de arriba abajo. Las olas son empujadas con ímpetu hácia el centro, y ningun pez de talla ordinaria puede sobrevivir á tales choques. Además, no hay crustáceos ni insectos con que los peces puedan alimentarse. ¡Es un paraje maldito, créame usted, señor.. es una agua muerta!

—¿No faltarán en el lago aligadores?

—Se engaña usted tambien. Tanto como abundantes en las sábanas y lagunas, son raros en esas aguas tan mortíferas para ellos como para los demás animales. Los verá usted hormiguar en las lagunas y ensenadas del río; pero fuera de ahí, no.

Los botes plegadizos (*folding-boat*) son uno de los inventos mas interesantes de los pescadores del país de Gales en Inglaterra. Una antigua tradicion ha conservado en dicho país un curioso vestigio de las embarcaciones de cuero que usaron los primitivos arienses: hablamos del llamado *coracle* céltico.

Es un bote pequeño formado con una armazon de mimbre ó de duelas delgadas de castaño, entrecruzadas y cubiertas primitivamente de cuero, y en nuestros días de tela ó lona encerada.

Tan ligera es esta navecilla, que los pescadores la llevan consigo al hombro colgada de una correa, y con ese bote atraviesan por los hermosos rios del país hasta los parajes en que abundan las truchas y salmonetes de río.

Tal es el uso del coracle desde muchos siglos acá.

Poco á poco, no obstante, se han ido introduciendo mejoras en él: los pescadores han comprendido que era menester haber comenzado desde la infancia á manejar el coracle para saberlo gobernar perfectamente, porque su forma se acercaba mucho mas á la de un cubo que á la de un bote, y han procurado mejorarlo. Luego se han metido

los ingenieros á estudiarlo, y de sus estudios ha nacido el *folding-boat* ó bote plegadizo.

Es este una canoa de cuadernas delgadas que se abren de través girando sobre ejes clavados á uno y otro extremo de la nave, y cubiertos por el exterior con una membrana delgada de cauchú.

Abierto es una barquilla muy bien hecha, tocante á la forma y á su estabilidad sobre el agua, puesto que tiene quilla; cerrado es un haz de varillas curvas que se puede llevar al hombro, y que atadas á entrambos costados del caballo de carga de don Julian, habían llegado en buen estado hasta el fuerte Bassenger, á pesar de algunos choques con los árboles de las grandes praderas y seivas.

Habíanse abierto, pues, los dos botes plegadizos para arreglar las varillas que impedían cerrarlos bien, y se dispusieron para continuar la marcha.

Aquel era de allí en adelante el único medio de transporte que podía utilizarse para cumplir la segunda parte del mortal desafío con Saunderson Beines.

Los caballos debían quedar en el fuerte Bassenger aguardando la vuelta de los audaces viajeros... si podían volver.

Fué menester estivar las provisiones en aquellas naves diminutas.

Las carnes convertidas en tasajo, reclamaban mas de una semana de preparativos, que eran indispensables para internarse en aquel desierto.

(Se continuará.)

EDGARDO POE Y SUS OBRAS.

(Continuación.)

Terminaré esta nomenclatura citando la novela titulada: *la Semana de los tres domingos*.

Esta es de género menos triste, aun que extraordinario ó extravagante.

¿Cómo puede existir una semana de tres domingos?

Perfectamente, *para tres individuos*; y Poe lo demuestra.

Con efecto, la tierra tiene veinte y cinco mil millas de circunferencia, y gira sobre sí misma de este á oeste en el espacio de veinte y cuatro horas, lo cual da una velocidad de poco mas de mil millas por hora.

Supongamos que uno de los tres individuos

sale de Londres y recorre mil millas al oeste; este individuo verá el sol una hora antes que el que se ha quedado en Londres. Al cabo de otras mil millas, lo verá dos horas antes, y al fin de su vuelta al mundo, regresando á su punto de partida, tendrá precisamente el adelanto de un día entero sobre el individuo que se ha quedado. Si el tercero hace el mismo viaje en idénticas condiciones, pero en sentido opuesto, yendo camino del este, despues de dar la vuelta al mundo, se encontrará atrasado de un día.

¿Qué sucede entonces á los tres sugetos reunidos un domingo en el punto de donde salieron los dos?

Que para el primero *ayer* era domingo; para el que no se ha movido lo es *hoy*, para el que marchó hácia el este lo es *mañana*.

Como veis es una broma cosmográfica dicha en términos curiosos y originales.

CAPÍTULO IV.

Aventuras de Arturo Gordon Pym.—Augusto Barnard.—El bergantín *Grampus*.—El escondrijo en la bodega.—El perro rabioso.—La carta de sangre.—Rebelion y matanza.—El aparcido del barco.—El buque de los muertos.—Naufragio.—Tormentos del hambre.—Viaje al polo sud.—Hombres nuevos.—Isla extraordinaria.—Enterrados en vida.—La gran figura humana.—Conclusion.

Llego, por fin, á una novela que terminará este estudio de las obras de Edgardo Poe. Es la mas larga de las obras del mismo, y lleva por título *Aventuras de Arturo Gordon Pym*.

Quizás mas humana que las historias extraordinarias de Poe, esta novela no deja de pertenecer al género extraño.

Presenta situaciones que no se han encontrado en ninguna otra parte y son esencialmente dramáticas. Vais á juzgarlo.

Comienza Poe por adueir una carta del espresado Gordon Pym, la cual tiende á probar que sus aventuras no son en modo alguno imaginarias, como se había querido hacer creer firmándolas con el nombre de Edgardo Poe, y reclama en favor de la realidad.

Sin remontarnos tanto vamos á ver nosotros si son probables por no decir posibles.

Gordon Pym es el propio narrador.

Desde su infancia, tenía manía de viajar, y no obstante cierta aventura que por poco le cuesta la vida, pero que no le corrigió, meditó un día

contra la voluntad y hasta sin conocimiento de su familia, embarcarse en el bergantín *Grampus*, destinado á la pesca de la ballena.

Un amigo suyo, Augusto Barnard, que forma parte de la tripulacion, debe favorecer este proyecto, arreglándole en la bodega un escondrijo donde Gordon Pym permanecerá oculto hasta despues de la marcha.

Todo se efectua sin dificultad, y nuestro héroe siente luego que el bergantín emprende el derrotero.

Pero tras un cautiverio de tres dias, su mente comienza á confundirse; le dan calambres en las piernas, en tanto que sus provisiones se agotan, que las horas trascurren, que Augusto no parece, y que la zozobra empieza á dominar al encarcelado.

Describe Poe con gran vigor de imágenes y buena eleccion de palabras propias las alucinaciones, los delirios, las visiones extravagantes del infeliz, sus padecimientos físicos, sus dolores morales.

Faltaba á Gordon la palabra, su cerebro ardía, y en aquel momento desesperado, sintió apoyarse en su pecho las patas de un enorme monstruo, y dos globos relucientes, despidiendo sus rayos sobre él.

Apodérase el vértigo de aquel cerebro calenturiento, é iba á volverse loco, cuando algunas caricias, demostraciones de afecto y alegría le hacen conocer que el monstruo tenebroso es su perro llamado *Tigre*, hermoso terranova que lo habia seguido á bordo.

Era este un amigo, un compañero de siete años.

Gordon recobra entonces la esperanza, y procura reanudar sus ideas.

No podia acertar en la cuestion del tiempo transcurrido.

¿Desde cuantos dias se encontraba sumido en aquella inercia morbosa?

Sentíase víctima de una calentura intermitente desordenada y para colmo de desdicha el botijo del agua estaba vacío.

Resolvió buscar la escotilla á todo trance; pero los movimientos del vaiven del bergantín hacían entrechocar y salir de su puesto varios bultos mal estivados, amenazando taparle el paso á cada instante.

(Se continuará.)



MODAS.

Traje de campo.—Falda de batista lisa azul, con un volante plegado.—Doble falda de céfiro, fondo gris, con rayas azul y rosa claro.—Cuerpo princesa con grandes vueltas de batista azul, faldones recogidos por atrás con cintas de

faya azul; va abierto sobre un gran chaleco de piqué blanco con flores rosa y azul, estilo Pompadour.—Bandas de bordado inglés y sombrero de paja blanca, con gasa azul y flores color de rosa.

Traje de reunion.—Vestido de fular rosa pálido, adornado por delante con cinco volantes

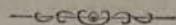


Traje de reunion.

Traje de campo.

plegados, de la misma tela, alternados con otros de tul festoneado.—Los volantes se levantan hacia el centro de la falda, y van sujetos á ella por una rosa. Túnica de fular Pompadour recogida por el centro. La cola, adornada tambien de tul, forma sobre el lado izquierdo ropaje, que va sostenido por dos lazos de cintas color de rosa, colocados mas abajo del *panier*, á 25 centímetros de distancia uno de otro.—Cuerpo abierto con

faldones cortos que terminan en punta por delante, adornado con doble tira de tul mosqueado.—Peto de seda, color de rosa, y doble biés de faya al cuello, mangas hasta el codo con encañado de faya, sujetas por un pasador de lo mismo. Doble volante de tul mosqueado y festoneado.—Ramillete de rosas sobre el lado izquierdo del peto.



ESCENAS DE LA VIDA NAPOLITANA.

POR

LA CONDESA DE BASSANVILLE.

(Continuación.)

Respecto al pueblo, cada día va perdiendo la fisonomía que tenía entonces. Los *lazzaroni* tienen algo del pilluelo parisién; pero solamente en cuanto á su carácter ladino y burlón, pues son

infinitamente menos bravos que el héroe de las plazuelas de París. En el napolitano la falta de valor es cuestión de nervios: un peligro desconocido, un fragor inesperado, lo aturde de pron-



Habitación descubierta en Pompeya.

to; pierde la cabeza y retrocede, de suerte que si el primer ímpetu no es bueno el segundo es inseguro.

Encontréme en Nápoles en un día de agitación popular, porque la nieve que traen de Sicilia para preparar el *agua fresca* había faltado, y para el napolitano carecer de agua fresca es absolutamente lo mismo que para cualquier otro pueblo faltarle el pan, y por esto hubo un motín en la calle de Toledo y plaza del Palacio Real, donde todos gritaban á voz en cuello, amenazando romperlo todo; presentóse un regimiento de suizos de la guardia... y al punto todos los amotinados se tendieron en tierra como filas de naipes que un sople derriba.

Pasaba esta escena delante del palacio de Fernando II... y ya que he nombrado á este rey, séame permitido dar á conocer este monarca de quien tanto se ha dicho: cruel, sanguinario, falso, según unos, y bueno, generoso, magnánimo, según otros, pero la verdad es que no era nada de eso.

Nacido en el seno de una modesta familia, Fernando II habría hecho dichosos á cuantos le hubiesen rodeado; pero nacido en el trono fué la desgracia de sus súbditos: las virtudes del hombre no son las virtudes de un rey, y el gran defecto de Fernando fué la debilidad. Casado dos veces sufrió sucesivamente la influencia de sus dos mujeres, influencia saludable ó fatal.

En su primer matrimonio con Cristina de Saboya, princesa joven, amable, y encantadora, todo le sonreía; le gustaba divertirse, daba fiestas y saraos, y en una palabra, era feliz, y la felicidad hace bueno y clemente. Pero murió Cristina, y con ella se fué la felicidad del rey y la de su pueblo. Sin embargo, por un momento se creyó que iban á volver los hermosos días, pues se trataba de casar á Fernando con la princesa Clementina de Orleans; pero el Austria velaba: temiendo la influencia de una reina francesa en un país en que aquella dominaba sordamente, hizo rechazar este proyecto, y como *consuelo* dió al pobre Fernando II una de sus princesas, la hija del archiduque Carlos, mujer fea, flaca, negra y casi jorobada. Contra su voluntad, cumple decirlo, obedeció el rey á su despótica *amiga* el Austria, y renunció á la hermosa hija de Francia por la fea hija de los Césares; pero en fin, obedeció, y con la archiduquesa María Teresa entraron la desgracia y los desastres en la hermosa tierra napolitana.

Fernando era de elevada talla, bien formado, de talante noble y majestuoso, de aspecto distinguido; nadie mejor que él sabia ostentarse digno é imponente en las ceremonias cortesanas.

Tocante á lo moral, Fernando II participaba mucho del carácter del lazzarone: flegon, holgazán, supersticioso y *guapo* para completar la pintura.

No es cierto que mandase él la vigorosa defensa que le valió el sobrenombre de *Bomba*.

He aquí lo que entonces ocurrió, conforme he oído contarle en Nápoles á una persona imparcial y muy bien informada.

A las primeras noticias de la insurrección el rey dió orden de encender los hornos del vapor *el Vesubio*, á fin de huir á Gaeta con la reina y sus hijos; pero el jefe general de los suizos tuvo indicios de ese proyecto, y se fué á ver á Fernando, ocupado entonces en su gabinete, en ordenar los papeles que pensaba llevarse, y le suplicó que desistiese de aquella marcha, pero fué inútil.

—¡Pues bien, señor,—esclamó el general;—yo salvaré á su majestad á pesar suyo!

Y cerrando tras sí la puerta del gabinete en que Fernando se ahogaba de miedo y coraje, tomó la llave que se metió en la faltriquera, fué á mandar que el vapor *el Vesubio* apagase los fuegos, y luego dió órdenes para la defensa de Nápoles, todo, por supuesto en nombre del rey. De modo que cuando la insurrección quedó do-

meñada Fernando recibió el epíteto de *Bomba*... ¡Cómo se escribe la historial...

Bajo la influencia de su segunda mujer María Teresa, el rey se hizo avaro, pero con una avaricia que recordaba la de *Harpagon*; por mucho que su tesoro fuese el mas provisto á la sazón de todos los de los soberanos de Europa, hacia mudar cuellos y mangas á sus camisas cuando por el uso se habían deteriorado, y no solamente mandaba que le echaran medias suelas á las botas, sino tambien piezas y pedazos, y un gran señor de la corte me contaba que los pequeños de la familia real iban vestidos con la ropa que se aprovechaba del guarda-ropas del rey, y las infantas con vestidos viejos de la reina.

Léase además esta anécdota auténtica que supe por un testigo ocular.

Era un viernes: el rey trabajaba con sus ministros, cuando la reina le mandó avisar por un chambelan que le esperaba el almuerzo.

—Voy al momento,—respondió Fernando sin inquietarse.

Pero volvió el chambelan á decirle de parte de la reina que la tortilla se enfriaba y que sería preciso hacer otra si él tardaba mas.

—Es verdad,—esclamó Fernando levantándose y abandonando el trabajo;—vuelvo al instante...

Y por temor de que se perdiesen algunos huevos siguió al enviado de la reina.

La devoción de Fernando era mezquina y supersticiosa como la de Luis XI. Llevaba igualmente encima una infinidad de medallas, reliquias, escapularios que besaba con frecuencia ó les dirigía plegarias al menor asomo de peligro. Cuando sobrevenia una tormenta, y cumple notar que en Nápoles son terribles, el rey lo dejaba todo para correr á postrarse en el rincón mas oscuro del aposento, sacaba todas las reliquias y las besaba una tras otra rezando padre nuestros y otras oraciones.

Además, como verdadero lazzarone, se servía en caso conveniente de esas esterioridades religiosas para salir de apuros como voy á demostrarlo con un ejemplo entre mil.

El general Filangieri pacificó la Sicilia. Mientras se le consideró necesario, lo colmaron de mercedes, y se le prometió el gobierno de la isla tan luego como hubiese vuelto á entrar completamente en su deber; pero una vez pasado el peligro, la reina, que temia las ideas liberales del general, se puso fosca y exigió de su demasiado

débil marido que llamase á Filangieri. Como de costumbre María Teresa fué obedecida, y furioso el general, entró en Nápoles tratando al punto ver al rey, de quien esperaba obtener justicia.

(Se continuará.)

ANA SEVERIN,

(Continuación)

VII.

Desde que el marqués de Villiers estaba en Inglaterra había llevado siempre una vida muy solitaria. En ningún tiempo se le había visto frecuentar la sociedad, ni aun aquella sociedad de desterrados voluntarios, que reconstruían lejos de Francia el gran mundo destruido, y conservaban su imagen con un cuidado á la vez pueril é interesante, no retrocediendo ante ningún sacrificio, aceptando sin humillación vulgar la pobreza y todas sus consecuencias (excepto la limosna solicitada ó recibida); pero conservando intactas las costumbres, las tradiciones, los modales y el lenguaje de lo pasado. Muchos de ellos temían aprender la lengua del país á donde los había conducido la casualidad de la emigración, por miedo de perder su acento francés, y hasta el acento de la sociedad en que habían vivido, y así volvieron después de muchísimos años de destierro, hablando en efecto un lenguaje que ya empezaba á olvidarse en Francia, y que hoy apenas se oye; lenguaje incorrecto á veces, pero nunca vulgar; raras veces elocuente, pero siempre noble, y que parece acariciar aún agradablemente los oídos, cuando por casualidad se le encuentra entre los pocos supervivientes de aquella época, como esos antiguos cantares jacobinos, que aun hoy oyen con placer las personas más indiferentes ó más extrañas al sentimiento que los inspiró.

Nadie notó las nuevas costumbres del Marqués mirándole por el prisma de lo pasado, y él continuó llevando aquella vida de delicias y de tormentos que había llegado á serle ya agradable, sin despertar la atención de nadie. No era solamente el peligroso placer de contemplar á Carlota lo que le atraía á la Quinta del Olmo: el trato de su prima le era también infinitamente agradable, y hasta el doctor Perceval contribuía á hacerle apreciar la familia de que era jefe. De mu-

cho tiempo atrás, el orgulloso primo de la señora Perceval, había desistido de su desvío hacia el esposo aceptado por ella. Más que otro alguno apreciaba el valor de la palabra *gentleman*, tal como la emplean los ingleses; pues, como es sabido, esta palabra, que supone siempre en Francia la nobleza de sangre, tiene una acepción mucho más lata en Inglaterra, y se aplica á todos aquellos á quienes la naturaleza ó la educación han dotado de esa nobleza de alma y de carácter, que se les reconoce el derecho y la facultad de crear. En este sentido, el doctor Perceval era un caballero en toda la extensión de la palabra. Católico sincero y ferviente, llevaba sus sentimientos religiosos al grado de vivacidad que les imprime siempre y en todas partes la persecución, tal como existía entonces en Inglaterra, sin tolerancia en las leyes ni en las costumbres. Se había consagrado á la asistencia de los emigrados franceses, y sobre todo de los pobres clérigos escapados de la prisión y del patíbulo, prodigándoles socorros con el respeto debido á la fé confesada hasta verter la propia sangre.

Pero sin dejar de ser católico, el doctor profesaba un ardiente y patriótico amor á su país natal; y en la generosidad ejercida en aquella época por todos sus compatriotas con los emigrados, sin exceptuar los que eran ministros de la religión proscrita, complaciase en saludar los albores de una justicia futura, con la cual contaba, y que él deseaba con ardor para honra de su patria, más aún que para la de su fé. Esta justicia nacía entonces en efecto: quizá tardó en crecer más tiempo del que imaginaba el buen doctor; pero en fin, cuando hubo cumplido veinte años, consiguió hacer oír su voz en el seno del pueblo británico, y defendida por la libertad, su causa fué ganada. La antigua creencia recobró un puesto, que quizás aún á veces le será disputado, pero que no se le arrebatará ya jamás.

El doctor Perceval había sido conducido un día por sus costumbres benéficas á la miserable habitación donde la noble condesa de Nébriant consumía sus fuerzas en secreto al lado de su hija enferma, trabajando de noche, y buscando en el fruto de su trabajo los medios de pagar los medicamentos que no siempre podía obtener: lucha fiera y dolorosa, sostenida en aquella época de pruebas por un gran número de mujeres nacidas en la cúspide de las grandezas, y que aceptándola sin titubear, se mostraron casi todas dignas de los bienes que habían perdido.

Sabemos ya cómo la señora de Nébriant había encontrado un protector y Cariota un padre, y lo que, bajo la bienhechora influencia del doctor, había llegado á ser el conjunto de aquella existencia, en cuyo seno la pobre niña, tan joven aún, acababa de pasar por el más alto goce y por el mayor dolor de este mundo.

VIII.

Un día que el Marqués volvió á su casa después de una corta ausencia, recibió de manos de Teobaldo un paquete de cartas y tarjetas. Mirando las tarjetas, vió que una de ellas era de Enrique Devereux, y leyó debajo del nombre estas palabras escritas con lápiz: *«Esperadme en vuestra casa, porque deseo hablaros.»*

—M. Devereux ha dicho que volvería dentro de una hora, dijo Teobaldo.

—Está bien, le recibiré, dijo el Marqués, pero sólo á él, añadió; pues comprendió bien que su joven amigo tenía que participarle alguna cosa importante, y no dejaba de sentir cierta inquietud por lo que pudiera ser.

Echó una ojeada distraída á todas las cartas, y sólo abrió un billete, en cuyo sobre reconoció la letra de su prima; vió que le invitaba á comer para aquel mismo día, lo cual le alegró; pero no pudo abrir las otras cartas, porque en aquel momento llamaron vivamente á la puerta, y apareció Enrique Devereux, sin que Teobaldo tuviera tiempo de anunciarle.

—¡Ah! ya habeis vuelto! exclamó al entrar. ¡Alabado sea Dios! vuestra ausencia me inquietaba; he tenido miedo, sí, miedo, mi querido Villiers, de partir sin volver á veros.

—¡Partir! exclamó el Marqués, ¡partir! ¿cuándo? ¿para dónde? ¿por qué?

—Tomad, leed, dijo Enrique.

Y dió una carta al Marqués, el cual la leyó de extremo á extremo. Esta carta contenía el ofrecimiento de un empleo en la administración civil de las Indias, empleo que abría á Devereux una hermosa carrera; pero que le expatriaba por quince ó veinte años.

—¿Y bien? dijo el Marqués.

—¡Pues bien! acepto, y parto mañana.

—¡Aceptado! dijo el Marqués con sorpresa. ¡Cómo, vos partir, y partir por quince, por veinte, ó quizás por veinticinco años! es decir, aún á vuestra edad, lo que puede llamarse por toda la vida. Enrique, ¿lo decís seriamente ú os chanceáis?

(Se continuará.)

BORGÑOÑ EN EGIPTO.

(Conclusion.)

—Parece que el plan que le propongo no merece su aprobacion: ¿no es verdad, señor conde?

—Dispense usted, señora, mi rebellion: me es imposible obedecer. Dos razones principales me obligan á desechar su plan. Habiendo tenido la dicha de conocer á usted, no puedo resignarme á vivir sin verla. Ni un peligro de muerte me haría cambiar de resolucion en este punto. Además, yo no iré jamás á pedir asilo y proteccion á los ingleses. Soy de una familia de marinos. Mi padre y mis tíos se batían bajo el pabellon de los Suffren en los mares de la India contra el comodoro Johnston.

—Bien está,—replicó la marquesa,—comprendo ese escrúpulo que es honroso; pero hay que tomar un partido. Si mi plan no le conviene, busquemos otro mejor.

Reinó un corto silencio. Un suspiro sirvió de transicion, y el conde pronunció estas palabras con fúnebre acento:

—Morir solo, ó vivir dos.

—¿Qué significa eso, señor conde?

—Señora, si usted pide la esplicacion de mi frase es porque la ha comprendido.

—Señor conde, no tiene usted juicio.

—Lo sé, señora.

—¡Luego me sentenciaría usted á casarme ó á ver la muerte de usted!

—Sabía que usted habia comprendido bien mi frase.

—Sí, señor conde, está usted en peligro de muerte, puesto que está usted sentenciado por el tribunal revolucionario de Paris, y á cada instante puede usted verse descubierto á pesar de ese uniforme, aun cuando el árabe que le ha acompañado á las pirámides no revele la generosidad real de un simple húsar; pero yo me consideraré siempre inocente ante Dios de la desgracia que pueda sobrevenirle: usted mismo habrá originado su propia muerte.

—Acepto mi obra, señora; la absuelvo de toda intencion homicida, y me despido de usted por la última vez.

El conde se inclinó en ademan de despedirse, y la joven le contuvo con ademan imperioso.

—Conde Máximo,—dijo,—marcharemos todos esta noche.

—¿Y luego, señora?

—Luego, lo verá usted. ¿Qué mas puedo decir? Si me espongo á cruzar el desierto con mi padre, ¿podría negarme su brazo y su apoyo un caballero?

—No, señora, la seguiré, si la esperanza está al cabo del viaje.

—¡Sin condiciones, noble conde, hijo de los cruzados!—dijo la marquesa con el tono de una reina.

El conde inclinó la cabeza ante la espresion de la jóven, la cual añadió:

—Usted ha tomado por divisa, conforme dice: *Obedecer, nunca mandar*. Divisa y nobleza obligan.

—Obedeceré, señora, y sin condicion.

La marquesa estrechó la mano del conde y dijo:

—Ahora, que nadie le vea. Aguardo á mi padre y mi primo. Crea usted que nuestra marcha no es cosa que improvise para esta circunstancia. Hace mucho tiempo que nos estamos preparando á cantar y poner en acción el *Tu exitu Israel*. En vez de tres seremos cuatro, una ayuda mas contra el peligro.

CAPÍTULO IV.

EL CONVENTO DE EL-DEMIR.

Los cuatro peregrinos seguidos de dos criados fieles y formando una pequeña caravana, cruzaron el desierto y llegaron felizmente al recogido valle en que el Líbano comienza y ofrece santos refugios á los náufragos del mundo. Merced á los buenos informes tomados por el conde Huberto en el Cairo, descubrieron sin gran trabajo en el valle de El-Demir, el convento carmelita fundado por los monjes del Carmelo. Una hospitalidad sincera acogió á nuestros viajeros cuando se dieron á conocer por cristianos franceses, á pesar de la mentira de sus trajes orientales.

Entraron en la capilla, verdadero oasis en que espiraba el mundanal ruido, en que la soledad daba al alma consoladora serenidad y en que la mente tomaba distinto vuelo.

Habíase arrodillado el conde ante una losa de mármol que cubría una tumba. Una voz dulce como la de un ángel, halagó su oído y dijo:

—Lea usted esta inscripcion.

El jóven dió dos pasos y descifró con algun trabajo esta inscripcion medio borrada por los siglos:

A la eterna memoria del glorioso príncipe, her-

mano DEL REY LUIS NONO, muerto en la batalla de Mausura, combatiendo por la Francia y por Dios, en 1251.

No es posible formarse idea de la impresion producida por tan sencillas líneas que han pasado á través de los siglos, y han fundado por una tumba, verdadero pergamino de nobleza, el poderío francés en la tierra de Oriente.

La misma voz añadió:

—Y ahora, hijo de los cruzados, noble conde, hijo de los héroes que acompañaron á San Luis á Mausura, y el alcalde de Suffren en Pondichie-ry, va usted á jurar sobre este sepulcro francés del Líbano, que vivirá é irá usted al Misora por el estrecho de Ormo, donde un rey, el amigo de Luis XVI, espera el auxilio de la nobleza de Francia. Una mujer lo manda, y Dios oye el juramento de usted.

El conde hizo el juramento ante Dios, y lloró.

Cuando se levantó no vió á nadie en la capilla, y se estremeció como impresionado por un frio glacial, pues le pareció que la voz habia salido de la tumba. Sin embargo, habia conocido muy bien aquella voz.

Al salir encontró al conde Huberto y su primo, que parecían hondamente conmovidos. Sus ojos retenian aun algunas lágrimas. Un silencio espresivo les interrogó; el conde hizo un signo y señaló la puerta del locutorio de un monasterio cercano:

—Vaya usted allá,—le dijo;—le esperan á usted.

Temiendo Máximo alguna irreparable desdicha, hizo un esfuerzo supremo para ir hácia el punto indicado por una palabra y un ademan misterioso. Los piés no podían sostener á aquel varon fuerte.

El locutorio estaba desierto, pero alumbrado por un rayo de sol que le daba un aspecto risueño. Nuestro jóven vió un rostro pálido pero hechicero á través de una reja de madera, y una mano de exquisita perfeccion tendida hacia él.

Corrió Máximo á estrechar esa mano.

—Máximo, hermano mio,—dijo la misma voz de la capilla,—sor María de las monjas del Carmelo rogará á Dios toda su vida por su padre y por usted.

Y la mano se retiró, y desapareció sor María.

Al dia siguiente Máximo tomó el cayado de peregrino y se encaminó al estrecho de Ormo.

(Traducción de F. Nacente.)

GALERIA DE CELEBRIDADES.

JOAQUIN ROSSINI.

(Continuacion.)

Venecia atrae al compositor. Vuelve á ella é improvisa la *Scala di Seta*, opereta bufa en un acto, representada en *San Mose* durante la estacion de este mismo año 1812.

De Venecia pasa Rossini á Milan, donde van á abrirse las puertas del célebre teatro de la *Scala*. Allí compone y da á luz la *Pietra del Paragone*, cantada por artistas jóvenes y entusiasmados, la Marcolini, la contralto Galli, el tenor Bonoldi, el bajo cómico Parlamagni. Intérpretes y autores, especialmente Rossini, alcanzaron un triunfo como no se ven mas que en Italia, pueblo ardiente que eleva á las nubes á los que admira ó que hunde á siete estados bajo tierra á los que no tienen la suerte de agradarle.

«El entusiasmo del público, dice Stendhal, para quien la *Pietra del Paragone* es la obra maestra de Rossini en el género bufo, se extendió hasta el pobre Vassoli, ex-granadero del ejército francés de Egipto, casi ciego y cantor de tercer orden que se labró una reputacion con el ária del *Misisipt*. Esta ópera, añade, abrió en la *Scala* una era de alegría y entusiasmo; en tropel corría la gente á Milan, de Parma, Placencia, Bérgamo, Brescia y de todas las villas en veinte leguas á la redonda. Rossini fué la primera persona del país, y todos ardian en deseos de verle.»

El éxito inmenso de esta obra valió á Rossini seiscientas pesetas pagadas por el director de la *Scala*, y la excencion del compositor á la ley severa de las quintas.

—¡Oh!—me decia Rossini, un día que estábamos solos en su gabinete ó estudio de la calle de la *Chaussée d'Antin*,—el príncipe Eugenio hizo muy bien en no hacerme soldado, pues tocaba muy mal el clarinete para entrar en la música y he sido siempre demasiado cobarde para batirme.

—Maestro,—le respondí,—paso por lo de clarinetista, puesto que nunca he llegado á la altura para poder juzgar á usted; pero el que ha escrito el terceto de *Guillermo Tell*, no puede ser cobarde: usted se calumnia.

Rossini me miró de hito en hito, y tomando el aspecto sério que á menudo ponía y que contrastaba tan completamente con su semblante

burlon y risueño, calló por breves instantes, y luego repuso:

—En efecto, aquel día me sentia animoso y valiente.

Rossini salió de Milan en el momento de su mayor triunfo; corre á Bolonia para abrazar á sus padres y llenarles la bolsa; luego vuelve á Venecia y escribe en pocos días *l'Occasione fa il ladro*, ópera bufa en un acto, representada con éxito á fines de 1812. Entre tanto la familia Mombelli cantaba en Roma otra ópera hecha de trozos sueltos, compuestos por Rossini cuando todavía no contaba la edad de quince años. Estas diversas composiciones musicales reunidas y ligadas hábilmente formaron la lindísima partitura de *Demetrio y Polibio*, en la que hay un cuarteto admirable. Esto suma, pues, el número de siete piezas representadas en aquel año 1812, siete óperas las cuales fueron escritas, copiadas, enseñadas por papeles separadamente, luego en conjunto y puestas en escena en el espacio de doce meses por el que algunos profanos llamaban holgazan.

Tenemos que hablar ahora de *I due Brascini* ó *il figlio per azzardo*, sainete de Foppa que mejor podría llamarse sainete de Rossini, el mas original y atrevido, como vamos á ver.

El teatro de la *Fenice* de Venecia queria una partitura seria del autor de la *Pietra del Paragone*, y obtuvo la promesa formal, mediante la cantidad de quinientos francos, de conseguirla. Entregóse el libreto al compositor. Era *Tancredi*.

Cera, el director de *San Mose*, se enfureció al tener noticia de este trato, y quiso vengarse de la competencia que se le hacía. En virtud de un trato anterior Rossini debía á Cera una *farza*.

—Si usted no renuncia,—dijo al maestro el irascible empresario,—á componer *Tancredi* para la *Fenice*, ¿sabe usted lo que haré?

—Todavía no,—respondió Rossini.

—Pues bien: le daré á usted un sainete tan malo para poner en música que le silbarán á usted.

—Si usted me da tan mal sainete,—replicó el joven músico,—yo le prometo una música cien veces más mala y detestable, para que todos ríamos.

—Lo veremos.

—Cuando usted guste, señor Cera.

El empresario, más furioso que nunca, buscó entre sus piezas la más disparatada, y la impuso á su compositor. Hasta aquí se valia de su dere-

cho; pero si entonces podia un empresario en Italia imponer al compositor el libreto que se le antojase, en cambio el maestro era dueño absoluto de hacer la música que le diese la gana.

Rossini leyó *I due Braschini* y vió que inevitablemente la ópera daría *flasco*; pero quiso sucumbir con ánimo y alegría conforme había prometido. Habiéndose atraído todas las censuras el proceder de Cera, Rossini tuvo por cómplices de la mistificación á todos los músicos y cantantes. En su consecuencia, se hicieron secretamente los ensayos, de manera que el director del teatro no conocía una sola nota de aquella farsa cuando llegó el día del estreno.

El teatro estaba lleno, y Rossini se presentó á sentarse al piano de acompañamiento con la gravedad de un senador romano en su silla curul. Empezó la obertura. En esta pieza instrumental, los segundos violines deben pegar en la hojalata de los reverberos de los pupitres con la madera del arco de violin, al primer tiempo de cada compás. Se notó que la innovacion era demasiado atrevida, y el efecto de la serenidad que de tales golpes resultaba pareció mas que dudoso. Se levanta el telon, y asiste el público á la mas exorbitante carga musical que se hubiese oído. La sinfonía cómica de Haydn, en la que cada instrumentista, despues de tocar un solo, apaga su luz, saluda al público y se va con el instrumento bajo el brazo, para no volver, incluso el contrabajo que queda solo en la orquesta, rasca la última nota, apaga tambien la vela, saluda y desaparece; esta sinfonía, decimos, no podía tomarse sino como la broma mas inocente en comparacion con la enorme estravagancia armónica de que Rossini se hizo voluntariamente reo. Todo estaba contra el sentido comun: las partes sentimentales, en música juguetona y alegre; las partes cómicas, en acentos de marcha fúnebre; un cantor dotado de voz pesada, no tenía que hacer otra cosa que trinos y gorgoros; el tenor cantaba por el registro de los bajos, y los bajos tenían que chillar en falsete por la cuerda de tenor, y por último, en un trozo de conjunto no se oían mas que las dos últimas sílabas de la palabra *pentito*, de manera que una parte del público hizo coro repitiendo con los cantantes *tito, tito*. La ópera sucumbió, como era justo, entre las risotadas, silbidos y amenazas del público, segun el carácter de cada cual. Nunca se había visto escándalo semejante. Un hombre solo había conservado la serenidad y calma, el maestro que no

había cesado de tocar en la orquesta el piano de acompañamiento.

Este sainete, promovido por la envidia del director de San Mose, no tuvo, por fortuna, la menor influencia en la suerte del *Tancredi*. Es decir que Rossini salió de aquel apuro con solo la pérdida de una partitura.

Tancredi apareció á mediados del carnaval de 1813, y esta admirable partitura, en la que la nobleza se une con la ingenuidad, la gracia mas esquisita con la forma mas sóbria, fué en cierto modo el primer sello de inmortalidad que adquirió luego el artista prodigioso, cuya muerte aun deploramos. No he podido leer jamás al piano esta ópera sin sentirme conmovido y cautivado con ese arrobamiento especial que promueven en mí, las obras del primer estilo de Rossini.

A *Tancredi* siguió la *Italiana in Algeri*. ¿Que recuerdos tan gratos despierta esta obra! ¿Qué amante de la buena música no ha oído el célebre trio *Papalacci*, y no ha aplaudido entusiasmado el canto silábico de los dos bajos mientras se sentía arrebatado por la melodía del tenor?

Despues de la *Italiana*, Rossini escribió para la *Scala* el *Aureliano in Palmira*, de la cual no se conoce casi otra cosa que la obertura, que sin embargo, casi todos podríamos cantar de memoria, pues no es otra cosa que la deliciosa sinfonía que sirve de introduccion al *Barbero de Sevilla*. ¿Qué necesitaba, pues, el público de Milan para desarrugar el ceño? Leed la partitura y en ella encontrareis melodías inspiradas en cantidad suficiente para vivificar seis óperas futuras.

Hemos creído que debíamos consagrar la mayor parte de este trabajo biográfico á los primeros trabajos del ilustre compositor, por ser generalmente los menos conocidos. El lector se encontrará en otro terreno cuando hayamos hecho desfilar á su presencia *Il Turco in Italia*, el incomparable *Barbero*, improvisado en trece días de calentura, injuriosamente silbado en la primera representacion en Roma, aplaudido á rabiar en la segunda, y luego traducido y cantado en los cuatro puntos cardinales del globo.

Debemos citar un hecho poco conocido: la obertura y cancion que escribió Rossini para esta obra, desaparecieron á las primeras representaciones, sin que el maestro quisiera reproducirlas; por esta circunstancia da Rossini la leccion con piezas á gusto de la artista que la representa.

(Se continuará.)



JARDINERÍA DE SALÓN.

(Continuacion.)

Jacintos en el agua.

Mientras se efectúan estos curiosos fenómenos de vegetación, otras rizomas de Jacintos de flores amarillas ó blancas se han de haber colocado en vasos de vidrio ó de cristal, de forma apropiada al objeto, y llenos sin cesar de agua, á fin de que el líquido llegue siempre á la coronilla, es decir, al borde del copete de la rizoma sin pasar nunca de este punto.

Para este riego como para el de la tierra en que viven una sobre otra las dos rizomas antes indicadas, una hácia arriba y otra invertida, téngase muy presente que no se debe usar mas que el agua de temperatura igual á la del aposento en que están dichas plantas.

Sin esta precaucion, conforme se ha espresado mas arriba, se echaria á perder todo y la florescencia de dichos bulbos seria raquítica y miserable.

Narciso junquillo. Azafran.

Los bulbos de Narciso junquillo se tratan como los de Jacinto, en el agua pura. Como no puede contarse de una manera segura con la florescencia de todos los bulbos, es prudente poner á lo menos tres en un solo vaso, que se sujetan con una rodaja de madera delgada, en la cual hay tres agujeros, uno para cada bulbo.

Florece en estas plantas al mismo tiempo que los Jacintos.

En los intervalos de los vasos en que crecen las plantas bulbosas á espensas del agua, se ponen macetitas llenas de tierra, mezclada con una mitad de estiércol podrido, toda vez que el de hojarasca podrida no seria bastante substancial.

Se plantan en esas macetitas bulbos de Azafran, procurando agrupar en cada una las variedades de flores de color de fuego, blanco puro, blanco rayado de color de violeta.

Estas flores que preceden al desarrollo completo de las hojas, contrastan agradablemente por la vivacidad de sus matices con el amarillo pálido de los Narciso junquillos.

Tulípanes enanos.

En otras macetas semejantes á las antedichas y llenas de la misma mezcla de tierra y estiércol seco, en partes iguales, se plantan rizomas de Tulípanes, especialmente pequeños, de tallo corto, de pétalos de color encarnado vivo, orillado de amarillo dorado.

Todas estas plantas florecen al mismo tiempo, y presentan una variedad de formas y matices, que hacen admirar el jardín de la chimenea,

hasta el momento en que abundan en él las flores que crecen al aire libre.

(Se continuará.)



Invernadero de salón.

SECRETOS DE TOCADOR.

RECETA PARA CONSERVAR EL BRILLO DE LOS OJOS Y FORTIFICAR LA VISTA.

La Eufrasia es una pequeña planta de flores encarnadas, que crece generalmente en los fosos que hay junto á las carreteras.—Tómese una cantidad de esa planta y póngase en infusión en agua filtrada: sáquense despues las plantas y exprímase su zumo, que se echa en la misma agua, y con ella se lavan los ojos varias veces al día. Por este medio, la vista fuerte se conserva durante mucho tiempo, y la débil se fortifica.

Derechos reservados.

EDITOR, SALVADOR MANERO.

SUSCRICION Y VENTA, LEONA, 13. ADMINISTRACION, LAURLA, 82, BARCELONA.

Imp. de Manero.